

tración de agrado y de gratitud. En este punto los mendigos están más dentro de su papel: el *perro chico* arranca la misma retahíla de bendiciones que el *gordo*.

Los cocheros de punto *baten el record* (¡qué bárbara oración!) en materia de tiranía de la propina forzosa. ¡Ay del que no les dé, y ay del que no les dé aquello que juzgan merecer por su trabajo, aparte de la tarifa!

Sobre todo, cuando es una señora la parroquiana, el cocherito de punto abusa de la nota del gruñido displicente, la voz ronca y avinada, el gesto torvo, la frase autoritaria, desgarrada y chulapona, el movimiento brusco y violento, la nerviosa presión de la empuñadura de la fusta, y el revolverse agitado en el pescante, como el tigre en su jaula. Todo ello (aunque parezca mentira, pues al cabo las moscas se cazan con miel) es una estrategia para reforzar la propina en ciernes. La tímida señora, deseosa de amansar al ladrador canchero, aflojará el portamonedas, en su instinto de miedo al hombre y de convencimiento de que todo hombre tiene derecho a ser mal engastado, exigente y colérico. Y ni aun después de la oblación de la peseta conseguirá una sonrisa en la adusta faz, divorciada de la navaja del barbero desde hace una semana.

* *

De todas las propinas, la más inexplicable es sin duda, en la mayoría de los casos, esta del cocherito de punto. ¿Qué especial complacencia la motiva? A menos que se le ordene expresamente forzar la marcha, caso poco frecuente, en lo normal el cocherito no hace sino depositar tras de la oreja la colilla, arrear lánguidamente al pencho, y partir del punto de espera al punto de destino, procurando, si el coche va por horas, tardar lo más posible. El mozo de café puede atender mejor a un parroquiano que a otro; puede servir el negro líquido de bellotas con chorreo, la leche con magnificencia y con largueza el azúcar; no hablemos del tiempo de las gotas; en eso cabían todo el favor y distinción del mundo; pero el auriga, ¿qué género de amabilidad ha de desplegar con sus víctimas? Por eso se atiene a lo contrario: a la intimidación, al enojo.—Además, el mozo de café es un amigo del parroquiano: le conoce de verle allí muchas tardes, sentado ante la misma mesa; le ha escuchado perorar; tal vez le ha manifestado, en calurosa frase, ardiente simpatía hacia sus ideas políticas; tal vez le ha reído los chistes; le ha proporcionado papel y sobres para escribir a la novia; le ha adelantado un duro; le ha buscado la cajetilla de la marca preferida... Es natural que la propina engruese. Al auriga, en cambio, se le ve una vez y sólo casualmente se le vuelve a encontrar. La propina del auriga es una caza, mientras la del camarero es una dulce y pacífica pesca.

* *

Estamos en el período del año en que más les convendría a los propineros declararse en huelga. En Navidad y Pascuas, como nadie ignora, se pide propina al Verbo, y si hoy viviesen los sayones que sacrificaron al Niño que acaba de nacer, capaces serían de enviarle al cielo una tarjeta, escrita en versos macarrónicos, pidiéndole aguinaldo.

Se devana uno los sesos para averiguar en qué se funda la pretensión de aguinaldo de un sinnúmero de pediguños que, además de atentar a la bolsa, atentan a las campanillas de las casas, y las descomponen y estropean malamente, obligando a recurrir al electricista para que repare el desperfecto. Piden aguinaldo los poceros del Ayuntamiento, los faroleros, los barrenderos, los mensajeros de las tiendas donde compramos, el mozo del carnicero y el del pescadero, el chico de la lechera, los cobradores de infinitas casas, los dependientes de un sinnúmero de establecimientos, la niña del taller de la modista, el criado del esterero, el golfo del continental, el de la agencia de transportes, el faquin del tren y el de los carros de mudanzas..., aunque habitéis en la misma casa desde hace veinte años. Claro es que mucha gente de la así asaltada cierra el bolsillo; pero siempre hay algunas personas, en toda una calle, que por no decir que no, por no pasar plaza de riosas, por darse el fácil gusto de contentar a otro con desembolso realmente insignificante, sueltan el aguinaldo.—Y así se arraigan las costumbres inexplicables, que año tras año adquieren pátina de tradición.

* *

Hay unas propinas vergonzantes y de buen tono, que se esconden bajo el nombre decoroso y bien so-

nante de *gratificaciones*. Estas caen en la bolsa de gente muy considerada, muy burguesa, a quien estrecháis la mano, y a quien casi pedís excusas por la remuneración de su servicio. La propina, entonces, pierde casi siempre su forma de moneda contante, se avergüenza de ser gratificación y toma nombre de *obsequio*. Empieza en el obsequio comestible y acaba en el obsequio de joyería ó de relojería, sin hablar de otros obsequios a los cuales no quiero ni referirme, porque son demasiado señalados y se citarían al punto los nombres de obsequiados y obsequiantes..., con las circunstancias peculiarísimas que determinaron el rasgo de esplendidez.

Existen clases sociales sometidas a la tiranía del *obsequio* y que deben frecuentemente renegar de él. Ahí están, verbigracia, los médicos, los abogados, los cantantes y actores en día de beneficio, los maestros y catedráticos el día de su santo, los curas de aldea en Pascuas, *etcétera*. A los médicos se les llena la casa de mil chucherías muy útiles: pureros, juegos de pescado, cajitas con tenedores de ostras que parecen hechos de papel de envolver bombones, platos *repujados* de cinc, cuadros de un colorido que muere, con marcos de moldura alemana que pega, figuritas de barro pintado de un modernismo que arranca lágrimas, y otras mil maravillas de la moderna industria. Verdad que suelen enviarles también jamos, perdices, botellas de Champagne y agasajos infinitamente más racionales; y con esto van tolerando lo otro. Los actores son, en este punto, desgraciados: parece que los amigos escogen, para enviarles, lo que de nada absolutamente sirve, y lo que además estorba (sin tener en cuenta la vida forzosamente trashumante que al actor impone su profesión). Rosell, el muy gracioso característico de Lara, me dijo que, no sabiendo ya dónde colocar los *obsequios* consabidos, recurría a colgarlos del techo. Tanto barómetro caprichoso, tanto termómetro coquetón, tanto muñeco de loza, tanta jardinera, tanta relojería, tanta petaca, deben de inspirar deseos de recurrir al cesto del traperero ó a la casa de empeños, como arbitrio supremo de salvación. Y en las casas de empeños paran, de fijo, innumerables obsequios del género solemnemente embarazoso.

Siempre que leo en los diarios que el camerino de una actriz ó de un actor estaban atestados de regalos y convertidos en jardín, acude a mi mente la idea de algo sensato, que justamente por sensato no se hará nunca; publicar en los periódicos, dos días antes, una circular invitando a los amigos y obligados del actor ó de la actriz a asociarse para ofrecerle un obsequio colectivo, de verdadero coste é importancia, en vez de cincuenta ó sesenta chucherías arrojables al polvo, caras para el que las adquiere, sin valor para el que las recibe. Una cuota modesta, reunida y empleada en un objeto serio y sólido, joya ó pieza de plata, permitiría dejar al artista un verdadero recuerdo grato y hermoso de la noche de su beneficio.

Sé de una ciudad donde ya este pensamiento se realiza, aplicado a los regalos de boda. Al casarse una persona conocida, se reúnen sus amigos, y contribuyen con pequeña suma, menor seguramente de la que habrían de desembolsar si regalasen cada uno por su lado. De los asociados, el más inteligente en modas ó en arte escoge el objeto, lo compra y lo envía en nombre de todos. Y así, los novios, en vez de recibir una veintena de baratijas rompibles y deleznable, reciben una magnífica bandeja de plata, ó un juego de tocador del mismo metal, ó una bonita alhaja, ó un mueble rico.

* *

Si este sistema se plantease, perderían mucho los bazares y las tiendas de flores, que son el recurso de los regaladores sin imaginación y esclavos de la rutina. Y este sistema, que en sí ya es tan ventajoso, podría serlo más, perfeccionándolo; destinando cada año una semana a comprar los obsequios previstos y seguros que han de hacerse en los trescientos sesenta y cinco días del año mismo. En efecto, oiréis a todo bicho viviente que se agita en sociedad quejarse de la prisa con que se tienen que «buscar» los obsequios. Muchas veces, por la prisa, se hace el regalo al otro día del santo ó del beneficio, cosa deslucida realmente. Los asociados procederían de otro modo: comprarían, del 1.º al 15 de enero, algo muy bien elegido, muy serio, muy elegante, y llegado el momento no tendrían más que enviarlo, por un mozo que se ganaría una sola propina, en relación con el envío, sin tener que temer la frase desdeñosa: «La propina vale más que el regalo...»

Y termino, lectores, deseando que no os agobien excesivamente con peticiones de propinas y aguinaldos.

EMILIA PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

En Francia, quizá por vigésima vez, se habla ahora de una huelga..., ¿huelga de qué? ¿De metalúrgicos, de carpinteros, de mineros? No; de... *propineros*, ó sea del público que da propina..., que es casi todo el público de todas partes, por lo menos donde yo he tenido ocasión de ver público. Este buen público, manirroto é indiferente, da propina como da limosna, y tarde se corregirá de sus hábitos, así le prediquen frailes descalzos y calzados periodistas.

* *

Los raciocinios de los enemigos de la propina no dejan de hacer fuerza y convencer. Las propinas, en la actual organización de hoteles, restaurantes y cafés, son en resumidas cuentas para los dueños, no para los servidores. En efecto, el importe de las propinas está calculado, descontado de antemano, y permite a los industriales tener gratis el servicio, lo cual supone un tanto por ciento no despreciable agregado al beneficio de su industria. Si no se dieran propinas, los dueños de los citados establecimientos tendrían forzosamente que pagar sueldos, y eso menos ganarían en su negocio. Les viene muy cómodo eso de que el parroquiano abone directamente, sobre el precio del consumo, la soldada de la servidumbre. Según leo en un diario francés, hasta hay dueños que, encontrando excesivo el fruto de las propinas, recogen ellos, para sí, una parte, dejando a los servidores otra, muy suficiente.

* *

Una anomalía se observa también en la costumbre del propineo: y es que, al hacerse habitual, pierde toda su lógica y su eficacia. La propina es ó debe ser un estímulo al buen servicio, y deja de serlo cuando se da igualmente al que ha servido bien y al que ha servido medianamente ó mal. Convertida la propina en obligación, en carga, en deber ineludible del parroquiano, carece de fuerza y hasta de interés.

No tenéis sino ver con qué especie de desdén son recibidas las propinas habituales en barberías, cafés y otros establecimientos análogos. Convencidos los que las reciben, de que se faltaría a todos los respetos si no se les diesen los 0,25 ó los 0,50 de cajón, ni los miran, ni se toman la molestia de hacer leve demostración de agrado. Sin embargo, esa propina desdeñada representa, además de un lucido sueldo, un fuerte tanto por ciento sobre el valor del servicio prestado ó del consumo efectuado. Sólo forzando la nota, pagando hasta la peseta, se obtiene una demos-